

pe en aclamaciones, y al primer martillazo dado por Stanford al clavo de oro, lleva el telégrafo la noticia á los más remotos pueblos, donde repite el entusiasmo, el himno de triunfo sobre el tiempo y la distancia.

Multitud de personas, subiéndose en las máquinas, tocaron sus copas y estallaron mil ¡vivas! corria el vino á torrentes, y nunca júbilo mayor fué más legítimo que el que despertó los ecos de estos desiertos y estremeció las eternas nieves de estas montañas!

Varias veces en cortísimo tiempo se tuvieron que reponer los rieles, porque las gentes arrancaban fragmentos, para guardarlos como reliquias de aquel gran suceso y de aquel gran día. . . .

Cesó de hablar Lorenzo: M. Gland aplaudió, certificando su exacta relacion.

Habiamos pasado entre tanto los campos solitarios cubiertos de nieve de *Blue Creeks*.

El tiempo era muy inclemente y se hacia sentir el frio, no obstante que los tubos funcionaban á nuestros piés.

Soplaba el huracan, se desataba una tempestad de nieve espantosa. . . . los gemidos del viento y los aullidos de la máquina se perdían en aquellas soledades, en que no quedaba un solo resquicio, un fragmento el más ligero de vida.

En el interior del wagon parecia hacerse el duelo de la naturaleza, por una reunion de cadáveres.

De repente me pareció escuchar algo como un canto, como los acentos de una música que más bien eran ayes doloridos.

Asoméme á una ventanilla, en un alto que hizo el wagon, y al borde de aquel camino lúgubre, en aquella soledad sin arrimo alguno, ví de pié. . . . un ciego con su barba blanca,

apoyado en un báculo, y una niña, bella como un ángel, medio desnuda, á su lado, reclamando con sus cantos el ciego, la piedad de los pasajeros.

El horizonte sombrío, la nieve, la soledad terrible: estos eran los componentes del cuadro más conmovedor y patético que yo haya visto en mi vida.

Varios pasajeros arrojaron monedas al ciego; éste, por medio de la niña, hizo circular sentidísimos versos impresos, de que siento no haber guardado copia. . . .

Estábamos á corta distancia de Ogden, lugar en que termina el Ferrocarril Central y se cambian los trenes.

Las sombras caian sobre los llanos cubiertos de nieve.

Yo me retiré solitario al cuarto de fumar, y en el libro de mis apuntes dejé el recuerdo que sigue de la escena que tenia ante mis ojos:

CAMPOS DE NIEVE.

Ni una ave cruza los vientos,
Ni hay en la tierra una planta,
Blanco sudario de nieve
Cubre el valle y las montañas,
Donde osamentas remedan
Del árbol las secas ramas
Que en la nieve sobresalen,
Y que con esfuerzo se alzan
Como pidiendo socorro,
Porque miseras naufragan.
Cual cadáveres parecen
De edificios, las cabañas,
Con los postigos cerrados
De sus amarillas tablas.

Esas mansiones parecen
 O de muertos, ó de estatuas,
 Porque casi es imposible
 Que cruce la voz humana.
 ¡Oh y cuán pérfida la nieve
 Nuestras miradas encanta,
 Mientras que tristes sentimos
 Hielo y muerte en nuestras almas!
 Como una mujer hermosa
 Que con sus pérfidas gracias,
 Embelesa los sentidos
 Mientras traidora nos mata.
 Ni hay arroyos que murmuren,
 Ni aves amorosas cantan....
 Se oye gemir á lo léjos....
 Es el huracan que pasa
 Como huyendo del demonio
 De la muerte y de la nada....
 ¡Oh montes encantadores!
 ¡Oh verjeles de mi patria!

FIDEL.

Marzo de 1877.

El personaje misterioso de bota fuerte y cabellos de oro siguió llamando mi atención. Generalmente esperaba á que todo estuviese en profundo silencio y se deslizaba como una sombra al cuarto de fumar.

La noche que llegamos á Ogden brillaba la luna intermitente, cruzando por entre grupos de negras nubes, deslizándose despues entre leves celajes y volviéndose á hundir como en mansos y claros lagos de un extenso bosque.

Yo, espiando siempre al desconocido ó desconocida que burlaba sin pretenderlo mis pesquisas, me escurrí hácia la

plataforma que daba al cuarto de fumar. Pegado á los cristales de su ventanilla, se veia su rostro, verdaderamente hermoso, como un bajo relieve de la plegaria ó del éxtasis... Era divina... Me pareció que murmuraba un canto; yo me colgaba por la parte exterior.... Sí, cantaba.... y podía yo seguir la medida del canto.... Pero la aparición se apercibió de mi presencia, sacó del bolsillo una enorme pipa.... y yo no sé cómo se escapó de mis labios esta exclamación: *Maldito yankee!*.... Cuando quise contener mis palabras, ya habian salido de mis labios.... me volví azorado y me pareció ver una alegre sonrisa culebrear sobre la dentadura de marfil del hombre de la pipa....

La noche fué tranquila y agradable.

Al siguiente día, como el bulto de la cabellera de oro se lavaba ántes que nadie y se retiraba despues al cuarto de fumar, yo allí me instalé.

El personaje, con el *cachenéz* sobre la nariz y el sombrero á los ojos, estaba en un rincon.

Yo, con la detestable é indómita voz que me ha valido ignominiosas expulsiones de los círculos musicales, comencé á tararear la canción que habia escuchado la noche anterior, saqué mi libro de apuntaciones y comencé á escribir, recitando y cantando mis versos en el tono de la canción.... por supuesto, fingiéndome distraido y en total independencia del de las botas fuertes....

En uno de mis gorgoros desastrados, alcé la voz y ví á la del cabello de oro inclinada hácia mí con una expresión de inteligencia y de satisfacción indescribible: entendía lo que yo escribía, sabia español, era.... una beldad perseguida.... era la heroína de una novela mexicana.... *A pesar*

de mis años... ¿eh?... leí entonces, como para mí solo, mis versos.

Oiganlos vdes., ya que aquel patán los oyó como un zoquete, cruzando frente á mí con sus patazas de á vara y su brusquedad de carretero... ¡y yo que me habia enternecido tan de veras!... *Maldito yankee!*

CANCION.

Tierna memoria
Del bien querido,
Que al pecho herido
Consuelo dás.

Ay! no abandones,
Blanco lucero,
Al extranjero
Que errante va.

Sentido arrullo
Que busco en vano,
Porque lejano
Vibrando está.

Dulce consuelo
Da en su camino,
Al peregrino
Que errante va.

Nítida estrella
Del Occidente,
Sobre mi frente
Miré lucir.

Oh! no le ocultes
Tu faz brillante,
Al bardo errante
Que adora en tí.

Pasé rendido
Por la fatiga,
Tu sombra amiga
Me consoló.

En tí luz halla
Mi incierto paso,
Cuando á mi ocaso
Llorando voy.

Sobre mi abismo
De inmenso duelo,
Tendiste un cielo
De inmenso amor.

En los desiertos,
Sobre los mares,
No desampares
A tu cantor.

GUILLERMO PRIETO.

Marzo de 1877.

Estábamos á la orilla del *Lago Salado*, cruzábamos lo que se llama el *Cañon del Diablo*, profundísima barranca que parece formada á pico: trozándose una inmensa montaña que se abre en su cima, se cuelga y precipita en un abismo espantoso.

Por allí asoman, y se extienden, y se inclinan los rieles,